

## LOS TERRIBLES AMIGOS DEL REGIMEN<sup>82</sup>

Con su peculiar ingenio el general Obregón acostumbraba decir: “Señor, librame de mis amigos, que de mis enemigos yo me libraré.”

¡Cuántos daños saben causar, en efecto, muchos de los que se ostentan como amigos!

En política, sobre todo, alrededor de los hombres públicos suelen formarse círculos o “mafias” de amigos, que son para aquéllos más nocivos que el apeste.

Con frecuencia ni los peores enemigos alcanzan a mermar el prestigio de los que gobiernan, en forma tan segura como lo hacen ciertos amigos, o los que se dicen tales.

Tenemos un caso recentísimo: la mortal lesión que al actual régimen infirieron los actores y los directa o indirectamente responsables de los sucesos de León. Jamás se había visto gobierno alguno sacudido por conmoción tan violenta como ésta. Un poco más, y el régimen se desploma.

Algo semejante, si bien en menor escala, puede decirse de las descaradas imposiciones municipales realizadas en Monterrey. La Piedad y numerosas poblaciones de Hidalgo, Tamaulipas y otros Estados.

¿Y qué decir de los numerosos gobernadores que sin recato alguno exhiben sus tendencias imposicionistas, con lo que arrojan irremediable desprestigio contra el régimen? ¿y qué opinar de la última y apenas creíble “barabasada” del impulsivo e incontrolable gobernador de Morelos, que no satisfecho con haber cubierto de afrenta al gobierno con los asesinatos de campesinos padillistas, cometidos por sus agentes en las cercanías de Cuernavaca, corona hoy en forma estupenda su obra cacical con el escandaloso secuestro de toda una legislatura, a fin de presionarla para dar un decreto en el sentido de una política impregnada de continuismo?

Realmente esos atentados son tan burdos, exhiben de tal manera las lacras del imposicionismo, que a cualquier otro comentario preferimos en que, a

82 *El Universal*, 15 de mayo de 1946.

propósito de idénticas torpezas, pone en boca de un prominente personaje de la administración el periodista Ortega, en estas columnas de EL UNIVERSAL.

“Parece —expresó el aludido personaje— como que eso fuera hecho por nuestros peores, más implacables enemigos.”

¿Qué actos o qué hechos provocaron el anterior desconsolado comentario? Las invitaciones u órdenes giradas, con un desplante sin igual, por tres diversos funcionarios municipales de Tabasco, a efecto de que los vecinos de sus respectivas jurisdicciones acudiesen a homenajear al candidato oficial para gobernador del mismo Estado.

Uno de esos documentos, recibido en copia fotostática por “los más prominentes personajes del país”, procede del presidente municipal de Macuspana, Tab., y dice a la letra en lo relativo:

“Igualmente tengo conocimiento de que usted (el Agente Municipal del Rancho Limón) no ha invitado a los vecinos de esa ranchería para que vengan mañana a recibir al candidato. Proceda usted desde luego a hacer la invitación bajo su responsabilidad, a fin de que vengan todos a caballo o a pie, A RECEPCIONAR AL CANDIDATO DEL GOBIERNO DEL ESTADO. Atentamente. —SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION—. Macuspana, Tab. febrero 16 de 1946 —el Presidente Municipal, José Pérez Bastar”.

Los otros dos oficios de los aludidos funcionarios pueblerinos —el del síndico de Hacienda J. Natividad Chablé, y otro oficio más del ya mencionado Presidente Municipal de Macuspana— son idénticos al transcrito y también fueron enviados al Ejecutivo Federal en copia fotostática según Ortega afirma. Se trata por lo mismo, de hechos irrecusables.

“Parecerían increíbles esos documentos si no fuesen tan característicos de los métodos de ciertos grupos”. Tal es la oportuna glosa del cronista Ortega.

No se necesita, en efecto, formar parte de la oposición para estigmatizar procedimientos de esa índole, ni se necesita tampoco mucha penetración para comprender que actos de esa naturaleza, así provengan del más adicto o incondicional de los amigos, causan a la administración, un daño irreparable.

Por eso, hace ya algunos años, un viejo político, basándose sin duda en su propia experiencia, se quejaba con amargura de lo que él llamaba “el lastre de los amigos”, o sea el lastre pesadísimo (capaz de hacer zozobrar a cualquiera embarcación) que constituye los amigos cuya torpeza los

convierte en más perjudiciales y peligrosos que el peor y más encarnizado de los enemigos.

Por no haber sabido refrenar a tiempo el Jefe del Ejecutivo a esa legión de caciques y caciquillos, de líderes y de liderzuelos, que agobian y desesperan al país y que impiden la eficaz realización de cualquier plan de gobierno, por eso y sólo por eso está sometida la actual administración a una crisis que se complica por momentos: encarecimientos escandalosos de los artículos más indispensables para la vida, deficiencias cada vez más insoportables en toda clase de comunicaciones y medios de transportes, inmoralidad administrativa que todo lo desvirtúa y corrompe, tiranía cacical que asfixia, trabas de todo género para el mediano y el pequeño comerciante (ya que el grande, el poderoso, para todo encuentra remedio), descontento en el campo, descontento en la ciudad, opresión lideril que lo mismo alcanza al rico que al pobre, al patrón que al obrero, al campesino que al trabajador de la ciudad; divorcio total entre gobernantes y gobernados.

Ante desenlace tan doloroso, que no era de esperarse dados los buenos principios del actual régimen, asaltan el espíritu las trágicas reminiscencias de las postrimerías del gobierno porfiriano, cuando los círculos de amigos y la mafia de los “científicos” echaron a rodar la obra que tantos esfuerzos costara al gran dictador.

Lección tan dolorosa debería haber impulsado al presidente Avila Camacho a seguir otro camino, hacer menos indulgente con los que amparándose con el membrete de amigos de la administración cometen las mayores atrocidades, y a atender alguna vez siquiera las indicaciones de los enemigos leales, de los opositores francos que hacen a los gobiernos el favor de decirles la verdad que otros callan.

Pero cuando esto no se hace, cuando sistemáticamente se desoyen las protestas de la oposición, y se tiene como norma de gobierno dejar impunes las faltas y delitos de los amigos por graves que ellos sean; a nadie puede asombrar que esos falsos o torpes amigos, envalentonados o engreídos con el apoyo incondicional que sus superiores les prestan, agreguen cada día nuevos abusos a los que con anterioridad les fueron consentidos y tolerados.

Por no haberse sometido oportunamente al orden a gobernadores y caciques, a líderes y agitadores, los hemos visto crecer en audacia, dar rienda suelta a su apetitos y ambiciones y como epílogo de su desorbitada actuación darse el lujo de escoger precisamente los instantes más críticos, para dejar sentado, con mengua de la administración a la cual sirven que México es el país de los hechos consumados, la tierra clásica de la impunidad.